

**Valencia**

**Josefina Vadal, 84**

**Fco. Adolfo Carratalá Simón, 23**

## REFUGIÁNDOSE EN LA AUSENCIA

Se apuntó al concurso simplemente por ayudar. Ni siquiera había pensado sobre qué tema deseaba hablar. O, al menos, eso creía ella. Sus recuerdos la guiaron rápidamente. La voz, expresiva y potente pese a sus 84 años, dejó paso al suspiro y su mirada comenzó a decir más que sus palabras. “Si no soy la alegría de la huerta es por mi infancia”.

“Soy feliz en medio de mi pena”, confiesa Josefina Vadal mientras comienza a remover sus recuerdos. Y su dolor, sobre todo, quedó concentrado en esos años en los que la memoria sólo debería guardar imágenes de las que esbozan sonrisas automáticas. Pero su niñez no tuvo esa generosidad. Tampoco su juventud, ya en pleno conflicto bélico. La Guerra Civil fue, para ella, una prolongación de las dificultades que ya le habían abordado desde bien pequeña. Desde Cheste, donde vivió durante los tres años de combate, contemplaba a menudo cómo bombas y aviones cargados de armamento surcaban el cielo en dirección a Valencia. Pero el miedo también estaba de puertas adentro. “Mi padre era muy dictador y en especial con las mujeres, que sólo servíamos para fregar, planchar y llevar la casa y no teníamos derecho a aprender más”, lamenta, como si mantuviera aún pendiente esa cuenta con él.

Sin embargo, aquellos años “de necesidades” Josefina no pudo limitarse a las tareas del hogar. Las circunstancias le obligaron a compaginar hasta cinco quehaceres distintos. Sus dos hermanos mayores, Juan Antonio e Isaac, acudieron al frente junto con los republicanos. Sin ellos, Josefina cargó con la responsabilidad de llevar a casa la mayor parte de lo poco con lo que contaron para salir adelante hasta que dejó de oírse el ruido de las armas. El día no tenía suficientes horas para ella. Si las mañanas las ocupaba repartiendo leche de la vaquería entre los vecinos del pueblo, yendo al Mercado Central de Valencia para vender el queso –cuidadosamente elaborado cada noche junto a su padre– o repartiendo el correo por todo Cheste; las tardes las empleaba para ganar algún real más como niñera para una de las mejores familias del municipio o acudiendo a aprender a coser, uno de los logros de los que se siente más orgullosa. “Nunca se me arrugó el ombligo”, señala mientras recuerda cómo su padre no dejaba de encomendarle faenas. Se volcó por completo en facilitar la vida a una familia que, sin embargo, le costó mucho reconocer como propia. “Pasé muchas tardes dentro del gallinero llorando a escondidas, llenándome de piojos... Luego, claro, me picaba todo y tenía que salir de allí para irme a otro rincón y continuar con mi llanto”, describe con un sentimiento contrariado.

La situación era doblemente difícil para ella. Con quien realmente necesitaba estar era con Felicitas y Bernabé, sus padrinos. Ellos fueron quienes la cuidaron desde los tres a los siete años, con la difícil labor de hacerle entender que su madre había muerto y que su padre había marchado a Valencia para intentar salir adelante con el negocio del ganado y su nueva esposa. “Pero con tres años, ¿quién comprende?”, se pregunta todavía mientras su mente le devuelve un “vago recuerdo” de su madre, en el interior del ataúd. La muerte le sobrevino con 33 años, tras dar a luz a su segunda hija, Julia, sin ningún tipo de asistencia médica. Ocurrió en una masía próxima a Allepuz, en Teruel, donde Josefina creció antes de ser devuelta a brazos de su padre. Sus palabras suenan a una ternura rompedora. Evocan a una chiquilla, mirando al cuerpo de su madre sin vida y pidiendo que la tumbaran junto a ella porque pensaba “que estaba dormida”. La herida se abriría para no cicatrizar nunca. Y le duele cada vez que la vida la aflige; y entonces su alma la busca, con un lamento que estremece: “¡Ay...Madre!”.

Con sus recuerdos dominados por la temprana marcha de una madre que ya había desafiado a la vida en varias ocasiones –padeció cólera y hasta cuatro abortos– y un padre ausente durante años, no es de extrañar que a Josefina le resultara complicado entender que las personas con las que se encontró en Chirivella en 1930 eran sus dos hermanos mayores, su hermana pequeña, su padre y su madrastra o, como ella dice, “la que estaba en sitio de madre”. Otras verdades, sin embargo, ya habían sido asumidas con mucha más crudeza.

Si con tres años su inocencia intentó convencerla de que la muerte no era más que un profundo letargo,



a la niña de 15 no le tembló la mano cuando tuvo que amortajar a su abuelo paterno y elegir el féretro que lo llevaría hasta el cementerio, “eso sí, no podía llevar Cristo arriba ni nada porque como estábamos con los rojos...”. Fue otro más de los retos que tuvo que afrontar con sus hermanos en primera línea de batalla. El encuentro cara a cara con la muerte había dejado de ser difícil para una joven que, muchas mañanas al salir de casa, encontraba varios cadáveres batidos por el fuego enemigo a ambos lados de la carretera. El peligro era constante y, cada amanecer, volvía a acechar.

En sus retinas quedaron grabadas escenas de verdadero dolor. “El día que bombardearon la Campsa, a mí me pilló en la ciudad porque había bajado al mercado, parecía que Valencia ardía”, describe en una de ellas mientras que otro flash refleja “un piloto saltando de una pava negra (avión del bando nacional) en llamas” tras ser alcanzada sobre el cielo de Chiva. Hoy Josefina ha de cambiar irremediamente de canal cuando en la tele alguna película, o –peor aún– los informativos, le resucitan estos fantasmas.

Siempre tuvo claro dónde esconderse. El repicar de las campanas la empujaba a correr con su hermana hacia el refugio construido bajo la iglesia de Cheste. Las miradas, miedosas, quedaban alumbradas por carbureros. Aquello era “un valle de lágrimas” y Josefina sólo podía esperar “amargamente” que los bombardeos no le arrebataran ninguno de sus hermanos y evitar, así, seguir adelante soportando nuevas ausencias. Ambos volvieron, aunque “no eran ellos, tan delgadicos...”.

El relato mejoró su rostro según avanzaron las entrevistas. Josefina encontró en ellas mucho del auxilio que, al comienzo, sólo le interesaba dar. “Desde que estoy hablando esto de mi pequeña infancia, creo que me ha tranquilizado mucho”, asegura aliviada, y con el corazón menos encogido que cuando la conoció.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Tras la guerra, Josefina no tardó en recuperar la alegría. Lo consiguió junto a Joaquín, su marido. Se unió a él con 21 años y con él estuvo hasta hace sólo dos. El Alzheimer truncó sus últimos meses juntos. “Cuesta mucho comprender que no te pueden comprender”, con esa impotencia lo acompañó hasta su despedida. Pero supo “tirar hacia adelante” y, hoy, asegura sin ruborizarse que es “una traca”. Es evidente. En cuanto aparece, todo son exclamaciones, sonrisas y bromas. “Ha remontado mucho, nunca se la ve malhumorada”, asegura Marisa, trabajadora del centro. De Josefina destaca su “dulzura y entrega” y no se equivoca. Hasta ella lo reconoce. “Soy muy inquieta, muy nerviosa”, confiesa. Tanto que, en ocasiones, se lleva “alguna bronca” por querer colaborar más de lo que debe.

No es de extrañar que siempre soñara con ser enfermera. Hoy intenta hacer todo lo que puede por sus nietos y bisnietos, diez en total. “Son la ilusión más grande que tengo” porque “me han ayudado mucho en la recompensa del cariño que se me ha ido”. Para Josefina, la alegría de conocer a “los que vienen detrás” y el no dejar de aprender son dos de los motivos clave por los que siempre hay que continuar, pese a “todos los baches”. Ya no teme la muerte, sólo el sufrimiento. Sabe que el recuerdo alimenta y mucho. En una de nuestras últimas conversaciones, me sorprendió escuchar que su marido la había visitado la noche anterior. Me aclaró inmediatamente: sólo fue un sueño. Pero su gesto de satisfacción permitía dudar. “Lo viví totalmente, luego fue un despago al despertarme. Pero ese momento no me lo quita nadie. Yo lo vi”, recordaba con la sonrisa que eché en falta al hablar de su infancia. Hay amores que de verdad deben ser inmortales.